

"El que puede ver"

Francisco Ojeda



Capítulo 1



Esta es la historia de un hijo de la naturaleza, narrada por los espíritus de mis ancestros, predecesores de mi poder.

Nací en las frondosas Tierras de los Valles, fuente de vida y poder de la naturaleza. Decir que mi pueblo es hijo de la tierra no es simple metáfora, pues los primeros de nosotros brotamos de la misma, cual fresno incansable. Nuestro aspecto y nuestra conexión con este mundo son pruebas más que suficientes, aunque poseamos recuerdos de antes de nosotros mismos, que difícilmente otros puedan comprender.

Entre mi gente, los killoren, si bien tenemos padre y madre, nos criamos en comunidad, y todos somos hermanos, y todos somos familia; todos tenemos un lazo igual de fuerte entre nosotros, y a la vez ninguno esta

apegado a otro. Al nacer, había 64 de nosotros en nuestra villa junto al lago que llamamos "Luminai ne cintharai", que en la lengua común significa "el que ilumina y alimenta", y bajo el mismo ciclo lunar nació otra killoren, acontecimiento muy raro y celebrado entre los nuestros, pues solo nacemos unos pocos cada década. Nuestro pueblo siempre ha escuchado al anciano más anciano, que puede hablar y ver a los ancestros, entrenado desde su juventud siendo elegido de entre el resto por sus intereses y capacidades, y la killoren que nació es su nieta, si hablamos de lazos de sangre, y hasta el día de hoy mi mejor amiga, pues si bien nacimos próximos fuimos los únicos nacidos esa década, por ende los más jóvenes. No tuvimos nombre, pues en nuestro pueblo cada quién decide cómo quiere ser llamado, o en ocasiones más especiales algunos dejan que otro lo nombre.

En la etapa de nuestra adolescencia, pasados los cinco ciclos solares completos (cinco años), se reveló en ella en una ceremonia de luna llena para honrar a los espíritus un poder que no se había dado entre los nuestros; sus ojos se pusieron blancos y empezó a decir palabras extrañas con una voz que no era suya, y tras un momento de silencio empezó a proclamar lo que luego entendí como una profecía. "Los ecos de las sombras una vez olvidadas, resonarán en el mundo una vez más". A los pocos días fué elegida por el anciano para ser su sucesora por su cercanía con el mundo espiritual. Fue muy duro para nosotros, ya que el entrenamiento para ser la guía espiritual es extenuante y solitario, por lo que tuvimos que despedirnos de forma indefinida, mientras el anciano se la llevaba al interior del bosque con nada más que su bastón y su mirada llena de misterio y sabiduría, perdida en un mundo que yo aún no conocía, pero por poco tiempo.

Pues pasados algunos meses, en una noche de una luna inusualmente hermosa, enorme y brillante, tras haber caminado hasta la orilla opuesta del lago con la villa, viendo a lo lejos el brillo de las brasas de las fogatas, vi algo que nunca había visto, era la figura de una joven zorra posada sobre el lago, a poca distancia de mí, que brillaba con un resplandor fuerte y cálido, que me miraba fijamente a los ojos. Asombrado, vi como la zorra pasó veloz junto a mí y antes de internarse en la espesura, volvió a mirarme. Sin saber por qué sentí la necesidad de seguirla sin demora, y empecé a correr tras ella guiándome por su brillo entre los arbustos.



Tras haber seguido así un tiempo, logré llegar a un pequeño espacio entre los árboles por el que caía de forma mística la luz lunar, en el centro una piedra tallada con los tótems de nuestro pueblo, y frente a ella se encontraba una figura familiar, con una sonrisa en su rostro. Feliz de poder encontrarme nuevamente con la hermana que se había marchado, me acerqué y la abracé.

Me dijo que sabía que podría ver a "su guía", que nadie más lo podría haber visto. Sin entender lo que me decía, le pedí explicaciones, y me dijo que al haber podido controlar algo mejor su poder, tuvo una visión en la que yo aparecía.

Dijo que me veía viajando a tierras lejanas, hacia el oeste, en una búsqueda predestinada por los espíritus, y que yo al igual que ella, habíamos sido elegidos desde el momento de nuestro nacimiento. Que la prueba estaba en que podía ver su espíritu acompañante, que tenía el don innato de comunicarme con los espíritus y que ya era hora de que supiera como usarlo. "Yo soy el canal", me dijo, "y tu eres el medio. Yo veo a través de los espíritus, pero tu obrarás a través de ellos." No terminé de entender lo que le quiso decir, pero sentía gran curiosidad y estaba ansioso. A partir de esa noche, acordamos reunirnos en ese lugar siempre que la luna dejase vislumbrar algo de su luz, y nunca en la ausencia completa de ésta, ya que en las noches de completa oscuridad salían los espíritus corrompidos por la maldad. Y así fue, por ciclos solares completos, que por el día aprendía más de mí, de mi pueblo y de mi conexión con la naturaleza, y por las noches Limunen (como así se quiso llamar en honor al lago, "iluminada") me enseñaba todo lo que aprendía con el anciano sobre nuestros ancestros y el mundo de los espíritus.

Tras un año, ya podía contactar con mi espíritu guía, que casualmente era un zorro que se pasaba las noches jugando con el espíritu de Limunen, y podía contactar y hablar con espíritus menores que rondaban nuestra tierra. Así con el paso del tiempo fui puliendo mis habilidades, y Luminen las de ella; logré expulsar espíritus malignos que acechaban el bosque y mis poderes estaban creciendo.

Pero un día, cuando ya había cumplido 8 años en esta tierra, apareció el anciano en el pueblo y fué directo hacia mi. Alzando su voz para que todos lo escucháramos, dijo, iracundo: "Tú, traidor de nuestra costumbre, sé que haz estado visitando furtivamente por las noches a Luminen y que te ha enseñado los secretos ancestrales de los antiguos, tardé en comprobarlo pero ahora tengo pruebas, pues en la duda la seguí una noche en mi forma espiritual sin que lo notara, y los vi practicando las artes ocultas de nuestro pueblo. Esos secretos están destinados únicamente al sucesor del guía espiritual del pueblo. Haz roto nuestras costumbres y haz pasado a llevar mi decisión, nos haz deshonrado."

Intenté justificarme hablando de los espíritus que había expulsado, pero fuí ignorado y repudiado, los demás killoren me miraban algo temerosos y ninguno intervino, incluso desviaban la mirada cuando busqué auxilio en ellos. "Hijo, esto me duele más de lo que puedas imaginar, pero las costumbres deben ser respetadas, y si se rompen, debe haber un castigo. Te condeno al exilio, hijo mío, pues de nuestra comunidad ya no eres parte, y ahora deberás buscar tu hogar fuera de estas tierras." Dicho esto, se retiró, ignorando mis súplicas, y todos en el pueblo se alejaron sin decirme palabra. "Al amanecer, deberás haberte marchado". Destrozado, y habiéndome sabido de que la palabra del anciano es ley en el pueblo, empecé a preparar mi partida. Sin mucho en verdad, mas que unas ropas hechas de corteza y hojas, mi cervatana y algo de provisiones para mi camino, partí al anochecer. Había luna llena esa noche, grande y hermosa como cuando encontré a Luminen. Y ahora también, ví a su espíritu esperándome. Lo seguí a un lugar diferente, en un prado a cielo abierto, hasta que llegué junto a ella. Me pidió perdón porque había visto que esto pasaría hace años, pero sabía que debía dejar el curso de los hechos seguir. Recordé sus palabras de nuestro primer encuentro, y le dije que iría hacia el oeste. Me dijo que venía un camino lleno de dificultades, pero que tenía que ser fuerte, y que su espíritu siempre me acompañaría. Entonces su zorra espíritu caminó junto a mi, y entendí que iría conmigo, y yo envié a mi espíritu con ella. Fergus y Lunei, Sol y Luna, ahora eran nuestros nexos para sentirnos siempre juntos. "Tú eres Akthar-Lun, El que puede ver", y desde entonces ese es mi nombre.



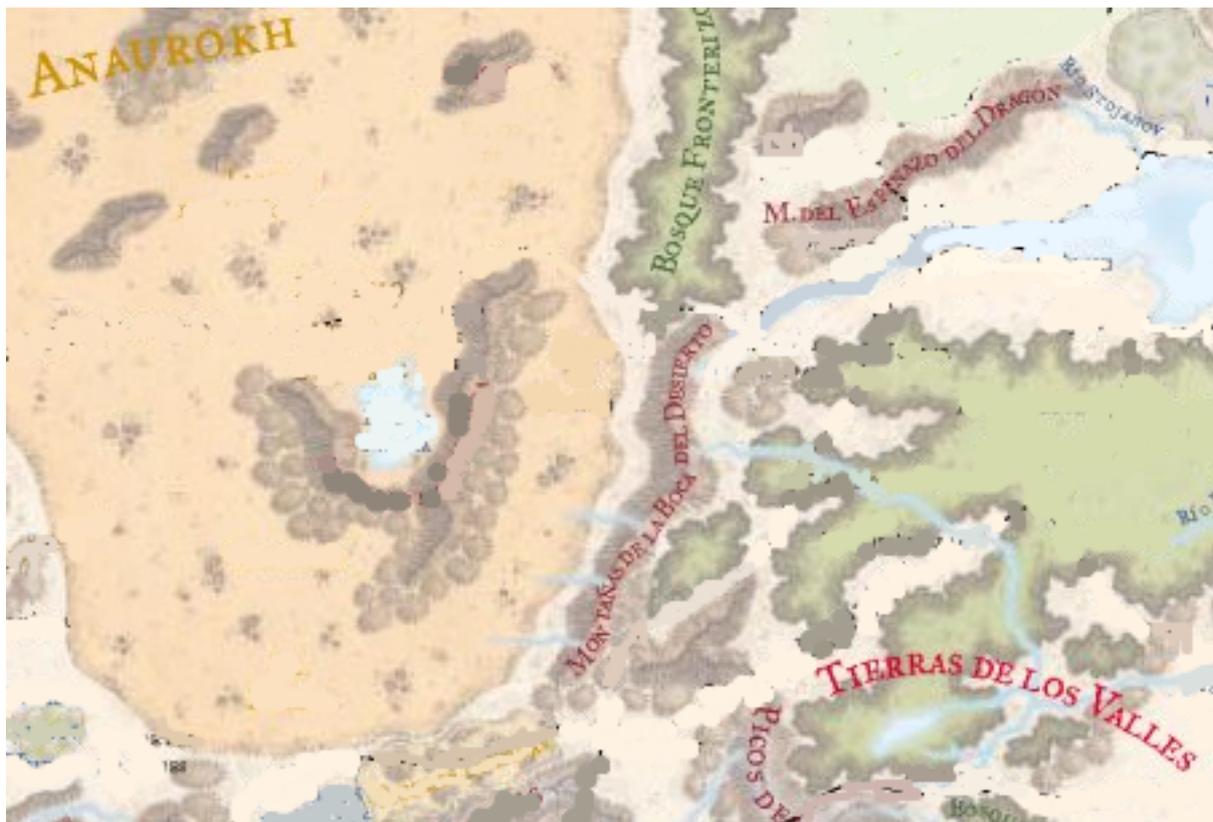
Me dijo que los espíritus tenían planes para mi, y que los secretos que ocultan se iban a revelar en mi camino. Que los espíritus que anunció en su primera profecía estaban acechando nuestro mundo, y que yo iba a tener que hacer algo al respecto. "Pero no lo harás solo, encontrarás compañeros en el camino, que te ayudarán a sortear los obstáculos que deberás enfrentar". Entonces pasamos la noche juntos, bajo la misteriosa luz de Elun, la espíritu de la luna para nunca olvidar, y al primer rayo de luz matutina emprendí mi camino.

Capítulo 2

En mi mente estaba entonces mi destino más próximo, más allá de las montañas que marcan el fin del que siempre ha sido mi territorio; tras ellas se encuentra el Gran desierto de Anaurokh. Sabía que debía prepararme bien para atravesarlo.

En la tribu hay un grupo que viaja constantemente en caravana a diversos puntos en las cercanías de Los Valles, intercambiando artesanías y cosechas de nuestras tierras, también conocimientos con otros pueblos y algunas veces llegando con ciertos objetos raros para los nuestros y que a algunos nos causaban gran interés, aunque otros decían que era poner en riesgo la seguridad de la tribu entre el espesor del bosque. De cualquier forma, en sus viajes hubo ocasiones en que al volver del desierto los atiborraba con mis preguntas de joven curioso. Decían que eran tierras de una magnitud impensable, que ellos ni siquiera podrían imaginar hasta donde llegaba ese mar de arena, que consumía toda la vida y que los débiles no podrían sobrevivir en un lugar como ese. Y pensar que sólo habían llegado hasta un pequeño poblado de humanos en los límites de Los Valles con el Anaurokh. De no haber sido desterrado podría haberlos acompañado en su siguiente caravana... Pero no me sirve de nada pensar en eso ahora, debo ser firme y no dudar en mi camino.

Miré a Lunei caminando junto a mí, y devolvió una sonrisa llena de seguridad. Me sentía en gran compañía, pues me daba la misma sensación de estar acompañado de Luminen.



Para entrar al desierto hay dos caminos desde estas tierras, las más cercana es por la ruta del Mar de la Luna, hacia las tierras pétreas, justo al sur de las Montañas de la Boca del Desierto. Más al norte está la otra, más allá las Cataratas de la Daga, pasando por el Bosque Fronterizo. No hay mayores opciones para llegar al desierto, puesto que está rodeado de un cordón montañoso de gran altura y peligro, que además de sus quebradas naturales dicen que está habitado por tribus de bárbaros. Al menos eso es lo que sé por la caravana, pues siendo realista nunca antes he pensado en ir mas lejos de los límites de los bosques, y todos los lugares fuera de eso sólo los he visto en sueños, pues de ellos no conozco más que historias vagas. Y el único mapa que muestra las tierras más allá de Los Valles que conozco, lo tiene Ternet, el líder de la caravana. Por suerte una vez le insistí tanto en que me dejara verlo, que para sacarme de encima me permitió darle una ojeada. Ya es vago el recuerdo que tengo, pero será suficiente para alcanzar el desierto, al menos eso espero.

Decidí detenerme a meditar sobre mi situación en un claro entre los árboles, donde una gigantesca raíz se asomaba por sobre el suelo. Nunca ha dejado de maravillarme la belleza de éstas tierras, toda la vida que aquí florece, tal como mi raza. Cuenta el más anciano que el primer killoren salió de las raíces de un árbol que sólo crece en esta zona; el Arkho, ancestral y magnánimo, los más antiguos son de antes de que las primeras criaturas caminaran libres en esta tierra. Los más longevos son más altos que una gran montaña. Son los principales espíritus que protegen éste bosque y a nuestra tribu.

Pensando en todo esto fué que me empecé a sumergir en el trance; aprendí de Luminen que si me pongo a meditar entre sus ramas o a su sombra puedo sentir la presencia del espíritu del Arkho, y siento cómo desde sus raíces mi propio espíritu viaja por la inmensidad de este bosque. Éste vínculo tan especial con el Arkho lo posee toda mi raza, pero en algún punto fué un conocimiento que se fué perdiendo hasta recaer en los líderes y chamanes de la aldea, y ellos lo recelan y atesoran para pasarlo a sus sucesores. Yo soy un caso especial. Mientras mi mente se iba desconectando cada vez más de mi cuerpo, Lunei se posó en mi regazo, sabiendo mis intenciones. Lunei es mi compañera espiritual, mi "nexo" con el mundo de los espíritus, ellos me contactan a través de ella, aunque "ella" es, de alguna manera, una extensión de mi espíritu mismo, mi "yo" primordial en éste mundo, y sólo yo puedo verla e interactuar con ella.



Entonces mi mente me abandonó por completo, y Lunei cobijó mi espíritu, y me llevó a través del Árbol, que es todos los demás. Todos los Arkhos están conectados entre si y se nutren, así como todo este mundo en el que habitamos. Como un río que se ramifica en muchos afluentes, Lunei navegó por el bosque en el tiempo que tarda un relámpago en tocar el

suelo. Pasó por el Gran Arkho junto al lago donde habita mi villa, que usó sus enormes ramas y la pendiente en su tronco para construir sus viviendas. Pasé cerca del claro donde Luminen sigue en su entrenamiento. Recorrí el bosque en todas sus direcciones, mas cuando estaba pasando por la zona nor-oeste un súbito y estrepitoso zumbido me remeció y distorsionó toda mi percepción de lo que me rodeaba, y dos enormes ojos se abrieron delante de mi, o dentro de mi mente no estoy seguro, y me miraron fijamente, cosa que creía imposible en mi estado inmaterial. No parecía haber maldad en ellos, pero de alguna manera me intimidaban de sobremanera. Tras ese instante de tiempo en que todo ocurrió, una voz remeció todo en mí.

-Aun te falta mucho...- Era una voz rígida, pero el poder que sentía que de ella emanaba me transmitía la calma de un charco tras la lluvia, y logré vislumbrar el brillo de la sabiduría a través de sus ojos.

-Si quieres cruzar el desierto, deberás aprender a controlar mejor el poder que se te ha otorgado. Encuéntrame, y tal vez lo logres...- Tras tales palabras, los ojos fueron desapareciendo como dándome la espalda y el zumbido desapareció. Estaba nuevamente en mi cuerpo, tumbado mirando la copa del Arkho sobre mi.

La impresión y lo rápido de éstos sucesos me dejaron incapaz de reaccionar a tal desconcertante situación.

Capítulo 3

Tirado mirando el cielo entre las ramas del árbol que se alzaba sobre mi, aún perturbado por lo que acababa de experimentar, me preguntaba si debía hacer caso a las palabras de aquellos profundos ojos. Era cierto lo que me dijo, no me siento preparado para atravesar el Anaurokh, y el poder que sentí no parecía tener malas intenciones. De alguna manera esta se volvió mi mejor opción; miré a Lunei frente a mi mientras me sentaba, que entendiendo mi cuestionamiento asintió segura con la cabeza. Decidido estaba entonces.

Con energía me puse de pie y me dispuse a avanzar hacia mi nuevo destino. El sector del bosque del que sentí tal poder estaba cerca del valle de la sombra... no es un destino buscado entre los nuestros. Si bien siempre nos hemos movido con libertad por estos bosques, desde hace una generación atrás el valle por el que el río cae desde la montaña es habitado por algo más que las criaturas del bosque. Los mayores en la tribu comentaban que aunque no ha dañado la vida en estas tierras ni la ha perturbado, desde que sintieron su presencia, la "sombra" no deja entrar a ningún killoren a tal sector del bosque. Que los confunde y desorienta haciéndolos volver, y a los más incipientes los ha aterrado al punto de que no vuelvan a intentar entrar. Lo único en sus historias que vislumbra la causa es la sombra que se paseaba entre la espesura y los acechaba. Por eso empezamos a llamarlo el "valle de la sombra" casi sin notarlo.

No pude evitar preguntarme si acaso la sombra no tendría algo que ver con mi visión.

Habiendo avanzado ya un buen tramo, el sol se alzaba sobre el bosque, debía ser cerca del mediodía. Mi conocimiento del territorio me dejaba saber que a buen ritmo, podría estar entrando al valle mañana antes del anochecer. Pero debía ser cauteloso, pues la forma más directa de llegar es atravesando el territorio baldío que entrecorta ese sector del bosque. Será la primera vez que salga de sus límites; es extraño pero mi cuerpo parece emocionarse un poco.



Decido hacer una pausa para buscar comida, pongo una mano en Lunei y me concentro en una baya muy particular que crece en todos los rincones del Bosque; ot enertha, "la dadora", de un color dorado intenso, y de un sabor único, un puñado de estas bayas es alimento suficiente para todo un día por ajetreado que éste sea, está nutrida por toda la vida de este bosque y las raíces de su arbusto pueden crecer millas enteras en busca de agua y de nutrientes para crecer. Sus bayas crecen cual seta en abono, todos los días se ve renovada. Mi tribu tiene toda una cultura de alimentación con la vegetación del bosque, con platos que harían levantarse a un muerto... pero yo nunca fui muy allegado a la preparación de platos rebuscados. Tras un instante Lunei abrió los ojos abruptamente y corrió hacia unos matorrales que se veían a cierta distancia, la seguí y rodeé los arbustos, entre ellos se encontraba lo que buscaba. Tomé las seis bayas mas doradas que vi y me las devoré reflejando el hambre que ya tenía.

Mi profunda concección con los espíritus y con la vida natural del mundo me permiten crear un nexo entre ambos, gracias a éstos puedo entablar la conección correcta para que me ayuden en mis designios; para las cosas más simples Lunei es suficiente ayuda, pero el mundo de los espíritus es vasto y está lleno de encarnaciones de los elementos y de los seres que una vez fueron en vida. Aún es limitado mi poder, pero sé que podré algún día ser un medium digno para los espíritus mayores del mundo...

Seguí mi camino sin problema por horas, admirando toda la vida silvestre que habita esta tierra, avisté una manada de alces de cuerno largo que saludé con reverencia, la que me devolvieron antes de seguir. Canté al son de aves en un claro, y evité una jauría de lobos de los valles. Cuidando la cantidad de agua que bebía de mi odre, pues aún quedaba camino hasta llegar al río, llegué al límite del bosque a pocas horas del anochecer.

Aún me sentía con bastante energía, así que decidí seguir avanzando hasta donde me alcanzara la noche. Serían oficialmente mis primeros pasos fuera de las Tierras de los Valles, y sentía una extraña sensación de ansiedad que recorría todo mi cuerpo, y hasta dudé un poco, pero Lunei

me dió un empujon con su cabeza, y entonces estuvo hecho, salí del último margen de mi bosque natal, donde se acaba la vegetación y empieza el quebradizo y árido yermo que lo rodea. Miré a Lunei con cara de falsa molestia, pero se rió con tal picardía que no pude sino ponerme a reír con ella. Tras tal momento de alegría, miré hacia el norte, y agudizando al máximo mi vista logré divisar la franja verde que indicaba la continuación del bosque donde debía internarme.

Con ésta en mente avancé todo cuanto me permitió el resto de luz que me otorgaba el día que me avandonaba más con cada paso que daba. Desde aquí podía ver en todo su esplendor las montañas que se alzaban a mi izquierda, pues en la frondosidad del bosque apenas si se alcanzaban a divisar los picos más altos. Reconfirmé mi decisión de no atravesar la montaña, pues se veía más allá de mis capacidades, tuve que admitir. Alcancé a avanzar un par de horas cuando la noche cayó de súbito sobre mi, así que poco antes me acerqué a unos grandes roqueríos que descansaban en medio de la nada; había algunos como estos dispersos en el yermo. Con los pedernales que cargaba y algo de yesca y ramas secas que fui recogiendo en el camino, prendí una pequeña fogata para resguardarme un poco del frío que azotó esta tierra una vez el sol se ocultó tras las montañas. Saqué mi saco de fibra vegetal para cubrirme de la noche; mi tribu es una artesana especializada en trabajar la fibra vegetal, nuestras vestimentas y utensilios del diario vivir se fabrican en su mayoría gracias al Arkho. En este terreno no había peligro de que el fuego se fuese a expandir, así que dejé que se apagara solo mientras yo dormía; me metí en mi saco buscando cobijo natural entre las rocas, dejé mi arma y mi bolso a mi lado y sin darme cuenta ya estaba sumido en un sueño profundo...

Lunei corría alegre por una hermosa pradera de vivo color, mas no era un espíritu, sino una zorra de carne y hueso que dejaba su marca en cada paso que daba. Ella me miraba mientras corría, pero yo no parecía tener una forma específica, sentía como si fuera volando a su lado impulsado por la fuerte brisa que creaba ondas a lo largo del interminable pastizal. Lunei parecía cubrir enormes distancias con cada salto que daba, llena de vida. Me miraba fijo, moviendo la boca como diciendome algo, aunque intento concentrarme no oigo más que el sonido del viento, aunque pareciera haber una voz en el viento, ¿qué dice?... ert... espier... Suena tan parecida a la voz de Luminen... esp... ¡Despierta!

Abro los ojos súbitamente envuelto en mi saco, a oscuras. El fuego ya se había apagado, pero por los chasquidos y el humo debió haber estado encendido hasta hace sólo unos momentos atrás. Lunei estaba junto a mi con los ojos muy abiertos y las puntudas orejas bailando en todas direcciones en señal de alerta. Concentré toda mi atención en escuchar lo que me rodeaba, no fué difícil, una, dos, ¿tres? se escuchaban sus respiraciones toscas y pesadas rodeando el ambiente, y no se esmeraban demasiado en ocultar su torpe andar. Junté los dedos de las manos a la altura de mi pecho, cerré mis ojos y dejé salir las palabras.

-Loc mar´him, antoa mel incarn et svaite... (te invoco, encarnación de la

corrupción de esta tierra...)

Tras esta frase imbuida en todo mi poder, unos brillantes ojos verdes se encendieron en el círculo dibujado por mis manos, y una figura larga y translúcida salió disparada desde el interior. Al tocar el suelo, este espectro pareció cubrirse de la tierra misma y volverse una víbora real y palpable de unos 8 pies de longitud, que volvió su cabeza en mi dirección, amenazantemente. Rápidamente me agaché mientras ésta con todo su cuerpo se enroscó y saltó hacia mi, o así parecía, pues pasó sobre mi cabeza y se escuchó un alarido chillón y un golpe. Di una voltereta por el piso en dirección a mis cosas y tomé la cervatana con mi izquierda. Me puse de pie y analicé la situación todo lo rápido que pude; la noche no estaba en completa oscuridad pues el cielo estaba despejado y las miles de estrellas ofrecían una penumbra que se extendía por el yermo, y para los ojos de mi raza eso es suficiente para verlos con colores y detalles.



Como imaginé, había tres incursores en mi "estancia nocturna", pequeños y arrugados. Tres horribles trasgos se disponían a asaltarme mientras dormía. Dos me miraban con odio dejando asomar sus feos colmillos y un hilo de baba que manchaba el suelo. El tercero estaba en el piso con la mandíbula de la víbora aferrada a su cuello, mientras éste se retorció cada vez con menos energía. Al haberles dado la espalda le ofrecí cobertura a serpiente para que pudiera atacarlo por sorpresa; no fue capaz de reaccionar a tiempo. Parecía que su veneno ya había surtido efecto. Los otros dos retrocedieron un poco al ver la escena. Aproveché su titubeo, metí la mano en la bolsa de municiones que siempre cargo conmigo y saqué un dardo, lo puse en un extremo de la cervatana y sople con fuerza mientras retrocedía un poco buscando que el trasgo en el suelo sirviera de

obstáculo. El disparo dió en el hombro del trasgo a la derecha que no alcanzó a esquivarlo del todo, pero al hacerlo el de la izquierda reaccionó y se avalanzó hacia mí con toda su furia, cargaba una espada corta, que aunque oxidada, con la fuerza del impacto que me dió en el brazo me hizo un corte para nada limpio.

Sin mostrar debilidad, seguí enfocándome en el trasgo de la derecha, que parecía más corpulento y tenía una buena hacha de mano a su disposición. Esta vez mi ataque iría en serio; a la altura de mi pecho mi traje está equipado con pequeños compartimientos para unos frascos que siempre traigo conmigo. Con mi mano derecha saqué un dardo de la bolsa y tomé un frasco con la mayor habilidad posible, y unté el dardo en el oscuro líquido que contenía a través de la tapa de caucho del frasco. Esto no fue cosa de un segundo, y ambos trasgos tuvieron tiempo de reaccionar, pero no fueron los únicos. Mientras retrocedía del trasgo a la derecha, el de la izquierda intentó volver a avalanzarse sobre mi, pero descuidó de un punto importante; la víbora. Ésta, que ya había terminado con el que yacía en el suelo, aferró su feroz mandíbula en la pierna de mi agresor, que con una pasajera expresión de asombro cayó de bruces frente a mi, mientras el del hacha inició su marcha en mi dirección. Fue cosa de un instante. Mientras ponía el dardo oscurecido en el extremo de la cervatana, el pequeño humanoide se acercaba más a mí, a unos 12 pasos de distancia. Apunté mi arma. 9 pasos. Soplé mi arma... 6 pasos de mi y hacha en mano, tuve que hacerle el quite mientras este pasaba de largo con los ojos en blanco junto a mi, y al instante siguiente se retorció tirado con cada vez más espuma saliendole de la boca, junto al otro que estaba siendo asfixiado por el cuerpo de la víbora con todos sus colmillos enterrados en su pierna. Había salvado del ataque nocturno.